

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## LA VIA DE LA LEGALIDAD

## NI MAGIA, NI HECHICERÍA

SUPONER que las Leyes Fundamentales, debidamente desarrolladas e interpretadas puedan digerir lo que hoy significa la Europa de los Nueve es algo inimaginable. Quien sostenga esa original tesis debe creer en magias o hechicerías, en prestidigitación o hipnotismo. Con las Leyes Fundamentales no se puede —por lo visto— llegar a tener una España homologable políticamente con la Comunidad Europea. Y, por consiguiente, estaríamos con respecto a la construcción del continente en un «impasse» total. No son mías esas afirmaciones, sino de Emilio Romero, el gran escritor político cuya sutileza corre pareja a su intencionalidad. Sin ánimo polémico de ninguna especie voy a tratar de exponer, por enésima vez, mi punto de vista en la cuestión. Tratando de expresarme con claridad en asunto que considero de vital importancia para el futuro de nuestro país.

¿Cuáles son las notas esenciales de la Comunidad Europea en el terreno político? A mi modo de ver y en primer lugar el carácter democrático de su vida pública. El presidente Pompidou lo recordaba recientemente al hacer público el comunicado de los Nueve, después de la reunión de París. ¿Y en qué consiste ese sentido democrático que sirve de base común a la monarquía británica, a la República alemana, la monarquía belga y a la República francesa? En unos supuestos fundamentales que hacen congruentes sus instituciones entre sí. La democracia se puede definir de muchas maneras. Es un orden político que preside la convivencia libremente pactada de muchos grupos, estamentos y sectores sociales de la comunidad nacional cuyos intereses son diversos y aun contrapuestos, pero que aceptan una resultante común, procedente de un consenso mayoritario. Añadiría que esa resultante temporal puede ser modificada siempre por otro consenso distinto, o en otras palabras, que hay un turno o alternativa abierta de poder para cambiar el gobierno. Y que los grupos o estamentos discrepantes de esa tendencia mayoritaria la aceptan también, aunque reservándose el derecho de fiscalización crítica de su trayectoria y de sus resultados. La democracia no es, ni ha sido nunca, como dicen los necios, el método de buscar la verdad por la mitad más uno de los votos. Ningún sistema democrático busca la verdad —ni falta que hace—, sino que trata de averiguar cuál es la tendencia predominante de la opinión pública. La verdad queda para los filósofos y los teólogos. Los políticos y los gobernantes buscan los mejores métodos para servir el interés nacional que no es tampoco siempre el interés de los más. Y de ahí los inconvenientes y los fallos que tiene a veces el democratismo.

¿La Europa de los Nueve es un conjunto de sistemas políticos liberales? A los que no tienen en su sangre la alergia integrista del vocablo, propia del ochocientos, les importa un comino el adjetivo. Es claro que Pompidou, Brandt, Heath o el rey Balduino, interrogados, se declararían «liberales» sin ninguna preocupación, como se considerarían «modernos», «hombres de su tiempo», «progresivos» o «civilizados». Del liberalis-

mo político que combatía Sardá y Salvany no queda ya nada en el mundo moderno sino el recuerdo. Lo vivo del liberalismo son las libertades civiles, las libertades básicas del hombre que desde la Iglesia católica hasta el último jefe de grupo político de derecha e izquierda declaran respetar, en la parte del mundo no ocupada por sistemas de signo marxista totalitario. El respeto a la dignidad de la persona humana, el reconocimiento de que todo ser es protagonista de un destino inalienable y de que para ello debe gozar de unos derechos, son principios universalmente reconocidos fuera del área comunizada del planeta. ¿Cómo no habían de ser básicamente respetados en la Comunidad de Europa en el seno de cuyas naciones han nacido, se han desarrollado y se han practicado desde varios siglos atrás? En ese sentido es liberal la Europa de la Comunidad. No en el consabido «laissez-faire» que hacía enriquecerse a los burgueses de Guizot en tiempo de Luis Felipe, a costa de los salarios de hambre, imagen trasnochada y anacrónica del tiempo de nuestros bisabuelos.

¿Hay pluralismo en la Europa de los Nueve? Naturalmente que sí. Que los hombres piensen de manera diversa es algo tan natural que enunciarlo produce risa. Que tengan ideas distintas sobre la conducción de los negocios comunitarios: la organización de la economía; la distribución de la riqueza; la prelación en las inversiones públicas; el sistema de la enseñanza; los problemas de transporte; las tensiones interiores de las empresas; la política municipal; el sistema regional; la proyección exterior; la forma de participar en la responsabilidad política; la defensa de los intereses de su profesión; las relaciones del Estado con la Iglesia; el método de asociación sindical y cien aspectos más de la vida pública es afirmación obvia. Que el cauce para que esas opiniones y voluntades dispares sean recogidas y llevadas al funcionamiento institucional sea de esta o de la otra manera, es problema secundario. Lo esencial es que se reconozca la existencia de un dinamismo interior comunitario en la colectividad. Y que esa voluntad de intervenir, de opinar y de modificar determinados extremos de la política de gobierno predominante, tenga expresión legal y camino legítimo para manifestarse y realizarse.

Se habla de parlamento y de parlamentarismo. ¿Es parlamentaria la Europa de los Nueve? Lo es en efecto y de modo sustancial. Se entiende que la fiscalización del ejecutivo en actos de gobierno, en materia legislativa y en el importante y delicado terreno del gasto público, debe corresponder a unas Cortes de sustancia popular. Que estas asambleas sean elegidas por el sufragio secreto de los electores en colegios nacionales o en distritos locales, con primera o con segunda vuelta, con porcentajes o coeficientes eliminatorios, es algo que pertenece a la mecánica de las instituciones y puede variar y varia de uno a otro país. Lo importante es, sin embargo, que en el seno del Parlamento haya libertad informativa, libertad crítica, libertad de opinión, para que la fiscalización tenga autenticidad y respon-

sabilidad. El control excesivo y nocivo del parlamento sobre el ejecutivo ha dado lugar a fórmulas restrictivas como la actual francesa, la germana y la tradicional y efectiva de Gran Bretaña. Pero ello no atañe a la otra nota esencial del Parlamento: su representatividad. Sin esa autenticidad representativa a través del sistema que fuere, las asambleas pierden contenido y función propias y acabarían siendo simples cámaras de resonancia del poder.

¿Queda algo más destacable entre los denominadores comunes de la Europa comunitaria? Mucho se podría añadir a los datos esenciales antedichos, para explicar lo que todo el mundo sabe respecto a nuestros vecinos por el norte y a la forma que tienen de organizar su vida pública y que se hallan al alcance de cualquier lector de periódicos extranjeros o de nuestros cientos de miles de trabajadores residentes en esos mismos nueve países. Quizá sea preciso añadir que las organizaciones laborales y sindicales juegan papel preponderante en la vida pública de dichas naciones. Con variaciones también que van desde el «trade-unionism» británico al sindicalismo alemán o al francés o al italiano. Pero aquí también existe otro factor de coherencia: la autenticidad representativa. La línea de separación entre los intereses estatales o gubernativos y los específicos de los trabajadores sindicados es neta y definida y la negociación, aunque en ocasiones sea difícil y desgarrada, versa sobre intereses reales de empresarios y asalariados sin mixtificaciones. Aunque en última instancia el gobierno se haga presente como árbitro y garante del supremo interés nacional cuando éste se halla afectado por el conflicto.

¿A qué seguir? Sólo añado que ese conjunto de mecanismos institucionales y sociales que predominan hoy en la Europa comunitaria no me parecen ni tan lejanos, ni tan remotos, ni tan incompatibles, como para declararlos «indigeribles» por nuestra ordenación institucional. Hay mucho más de común, de aceptable, de análogo, en el contenido de nuestras leyes básicas con ese consenso general que son las constituciones europeas, que lo que muchos creen. Y sería a mi modo de ver de alto interés estudiar en qué medida puede interpretarse y desarrollarse adecuadamente nuestra legislación para que sintonice con las restantes de Europa. Sin que para ello haga falta magia, ni hechicería, sino buen sentido y proponérselo.

¡Ah! Porque es muy posible que haya gentes que subrayen aquellos extremos de la peculiaridad heterogénea de la legislación propia para acentuar las divergencias y echar luego la culpa a los de fuera. En el fondo prefieren no entenderse nunca con Europa y jugar al Innecesario «bunker» celtibero en espera del supuesto diluvio. Sin darse cuenta de que la inmensa mayoría de la España de hoy no quiere ni «bunker», ni diluvio, sino llegar a una sociedad más democrática, más libre y más justa por la vía de la legalidad.

José María DE AREILZA

## CELULAS TORCIDAS

## CUERPOS Y ALMAS

ES mucha y muy importante la literatura que automáticamente pierde gran parte de su «valor», si, de pronto, la sometemos a un contraste riguroso con las conclusiones de los biólogos. Desde luego, no me refiero ahora a su valor «literario» estricto —éste tiene otros pesos y otras medidas—, sino al de sus presuntos contenidos éticos y psicológicos. De los poetas de la «Antología» griega a Dostolewski, a Proust, a Joyce, a Kafka, todo descansa sobre el malentendido de que la vida entera del individuo, pasiones, ideas, angustias, creencias, eran algo —algo— con entidad propia y movimiento autónomo, regidas por la libertad o en lucha con ella, pero siempre estipuladas en la área impalpable del alma o del ánimo. Huelga decir que las bellas construcciones de los filósofos todavía quedan más en falso. Al fin y al cabo, los escritores —poetas, novelistas, dramaturgos— se mantenían casi siempre atentos a la apariencia de los «hechos», y sus papeles conllevan un variable interés de testimonio o de descripción, mientras que la alegre pandilla de los metafísicos —ni Platón fue el primero ni Heidegger el último— se entregaba a la crápula absoluta de su ingenio especulativo... El caso es que prácticamente nada se sostiene. La piedra de toque podría ser, en el fondo, esta limpiada afirmación de un acreditado neurofisiólogo: «No hay un pensamiento torcido sin una célula torcida». Pensamiento, sentimiento o lo que sea. Recomendando la prueba de releer «Los hermanos Karamazov» con esta premisa...

Claramente, las relaciones entre «cuerpo» y «alma» nunca fueron ajenas a la curiosidad tradicional. Ni podían serlo. La evidencia diaria más elemental lo imponía. Sólo que, unos y otros, literatos y filósofos, se apresuraban a sofisticarlas «pro domo», y, en general, de una manera obscuramente capciosa. Incluso cuando la titubeante Ciencia del siglo XIX avanzó las sospechas iniciales, pocos fueron los que se dignaron tomarlas en cuenta. Las tentativas de reajuste interpretativo que esbozaron los hombres de la Ilustración fueron sistemáticamente olvidadas, y, si de vez en vez algún profesional del estudio del cuerpo lanzaba cualquier réplica insolente, era acogido con ira o con chacotas. No recuerdo quién dijo aquello de que «las ideas son una secreción del cerebro», pero siempre he visto su frase citada entre comillas sarcásticas... Poco o mucho, sin embargo, hubo

que rendirse a los apremios de la experiencia. Bien mirado, el «alma» de la gente sufre extrañas extorsiones cuando su soporte corporal pasa por tal o cual trauma o absorbe éste o el otro narcótico. Nadie lo pone en duda, claro. La rutina, con todo, seguía determinando, y se llegaba a extremos deliciosos de malabarismo en la explicación. Creo que fue Pirandello quien se atrevió a proponer este símil: el nexo entre el alma y el sistema nervioso viene a ser como el del pianista y su piano, y mientras el piano está en perfectas condiciones y afinado —y sea de buena marca, pudo haber añadido—, el concierto resulta encantador, y si el piano-sistema nervioso falla, el pianista excelso queda sin la menos posibilidad de hacerse oír...

Lo único seguro, de momento, es que pianista y piano son uno y lo mismo. Hasta el más fantástico de los especialistas en desarreglos del Inconsciente y derivados, acostumbra a recetar a su clientela fármacos que influyen sobre los nervios. Pido perdón por mi escasa pulcritud terminológica: quizá no son los nervios siempre, sino también glándulas o Dios sabe qué, lo que el médico trata de controlar mediante una píldora o una inyección. Ya me hago entender, supongo. En realidad, los «complejos», la «chaise-longue» y sus confidencias, el «psicodrama», y todo el utilaje abigarrado de la «cura de almas» profana, permanecen en suspenso ante los efectos bioquímicos de la droga. En última instancia, la droga es lo que cuenta: el medicamento, en el sentido más fijo —de boticario— de la palabra... No será necesario insistir en lo demás: en esa creciente afición a consumir drogas, y pienso ya en las «otras» drogas, las libertinas y clandestinas, que hoy constituyen una preocupación amarga para las Administraciones, los Protomedicatos y la Pedagogarquia. Se observa con toda nitidez que la lucha contra las drogas nefastas no sólo se inspira en la defensa de la salud pública, sino también en el propósito de preservar intacta la noción de una «alma» con consistencia objetiva... De todos modos, desde Baco y Noé, la coyunda judeo-occidental viene aprovechándose del alcohol, gracias al cual el mundo y las «almas» de sus habitantes han sido, a ratos, un poco más joviales de lo previsto.

No puede haber un pensamiento torcido sin una célula torcida... La paulatina disolución de la «novela psicológica» se produce, notoria-

mente, con un apacible paralelismo al éxito de difusión que consiguen las observaciones científicas de este tipo. Lukács daba preferencia al factor sociológico; la crisis definitiva de la burguesía. Sartre —metafísico y bizco— remachó el clavo: la novela psicológica es novela de «análisis», y el «análisis» es un rasgo típico de la burguesía, etcétera. El paso de los años, que es el más cruel de los argumentos, ha venido a demostrar que la «crisis de la burguesía» no era exactamente lo que Lukács imaginaba, ni mucho menos. Y la identificación «análisis-burguesía» de Sartre no pasaba de ser una bobada brillante y repujada. Más eficaz tuvo que ser el descubrimiento —marginal a los antagonismos de clase y precisamente basado en el análisis— de que el llamado «comportamiento» del vecindario, incluyendo en él las «motivaciones» profundas, dependía de «causas» somáticas: de unas células. De que unas células fuesen así y así surgía Hamlet, o surgía la Bovary, o la fauna restante: Rimbaud, Ivan Karamazov, Poe, Swann, Nietzsche, Nathanael, Cesare Pavese. A partir de un momento concreto, el novelista ya no pudo escribir de su personaje: «Su corazón le aconsejaba...» Toda la «novela psicológica», desde Balzac y Stendhal a Paul Bourget y Thomas Mann —y el mismísimo Joyce—, se encierra en esta frase-fórmula: «Su corazón...» La viscera metafórica venía sustituida por las neuronas.

Neuronas o no: células, es decir, «cuerpo». En la medida en que una novela o un drama, o un poema, reflejan una cualquiera anecdota humana, los «móviles» de la peripeca se le escapaban al literato. No podía «imaginarlos» a su modo, desde su analfabetismo esencial, a base de conjeturas retóricas. La novela psicológica tenía un sólo camino: el de reducirse a ser el hipotético «historial clínico» de sus protagonistas... Y, saltando de la literatura a las cosas de cada día, el asunto era aún más simple: la neurosis «portátil» que nos toca en suerte, uno a uno, en este Valle de Lágrimas. Lo único que enturbia el panorama, de entrada, es la adjetivación. Decla el neurofisiólogo: «pensamiento torcido», «célula torcida». ¿Torcido? La pregunta se desencadena enseguida. Los neurofisiólogos, no por serlo y serlo conspicuamente, dejan de estar sujetos a las fascinaciones ideológicas-extracientíficas. Pertenecen también a la «historia». La «historia» se sobre-

pone a las «células», y cuenta lo suyo. El fulano de laboratorio, que intenta averiguar lo que ocurre, no es un ángel, sino un señor educado en una determinada confluencia de condicionamientos, y para él hay «pensamientos torcidos» y «pensamientos rectos», sin duda. La distinción es científica, tremendamente «científica», y conviene subrayarla con las mayores formalidades de una recusación. Ahora bien: el nexo de causalidad sigue en pie. La «célula» a que quepa atribuir el origen de la situación, ¿podrá ser calificada, a su vez, de «torcida»? ¿En nombre de qué, y con qué criterio, el «hombre» puede introducir el concepto de «recto» y de «torcido» en el examen de sus células?...

Sería muy fácil replicar: «Un cáncer». Por lo que llevo a colegir en este punto, y con independencia de las diversas teorías en juego acerca de esta enfermedad, podríamos concluir que la víctima se encuentra con unas células que se han vuelto locas: son malignas, precisamente, por su aberrante desarrollo, letal. Pero haríamos trampa al trasladar el problema a estas comparaciones. En principio, por lo menos. Las «células torcidas» que dan lugar a «pensamientos torcidos» nos trasladan a otro nivel de consideraciones, que es el de la «salud» personal pero también el de la «convivencia». Y ahí empieza el lío. «Salud» y «convivencia» se confunden, y de esa mezcla sale el canon de un conformismo social terapéuticamente calculado. Habría mucho que discutir acerca del particular. Pero hay un extremo que no admite discusión: la Medicina (con mayúscula) proyectada sobre la conducta de la ciudadanía, esa Medicina que trata de poner remedio a las «locuras», las «perversiones», las «manías», y todo eso, parte de una base no siempre confesada de dogmatismo: de un «modelo» de vida. Ese modelo es un postizo social. No tiene nada que ver con la «naturaleza»: con las células que funcionan por su cuenta... En el fondo, cuando han puntualizado que lo importante es la «célula», la superposición «histórica» adopta un plan estratégico para dominar el campo.

De ese equívoco, «salud - conformismo», habláremos otro día.

Joan FUSTER

### La Junta de Gobierno y la Gerencia del Centro Cultural de los Ejércitos

ante la imposibilidad de hacerlo individualmente, desea a todos sus Socios y simpatizantes, unas FELICES NAVIDADES Y PROSPERO AÑO 1973, al mismo tiempo que les comunica la celebración en sus salones del

GRAN REVEILLON DE FIN DE AÑO

«La más ambiciosa novela española de 1972»  
EL GRAN MOMENTO DE MARY TRIBUNE  
Juan García Hortelano  
2 Vol. 425 Ptas.  
BARRAL EDITORES

### TONA Hotel Prudencio

Desea a su distinguida clientela y amigos unas Felices Fiestas y Próspero Año Nuevo